



**DIONISIA:**  
**ZONA DE SEMBRADÍOS DE HÍBRIDOS**  
(Edición de la *Universidad de Los Andes*. Mérida,  
Venezuela, 1993)

«Para un auténtico hacedor, la acción de escribir  
no es una aventura signada por la transitoriedad»  
(A. J. URE: en su libro *Pensamientos Dispersos*,  
1988)

## Por Ramón E. AZÓCAR

¿Puede haber un escritor que forme y modifique su propio sistema de vida?  
¿Existe alguien que haya desarrollado una manera de sentir la «Moral» y, a su vez, rechazarla? –O, ¿cómo podemos compaginar el *andar* con el *hablar* en función de un mismo verbo: que se conjugue con el sonido de los pasos? Es posible que las respuestas a estas interrogantes existan, como también que sean totalmente «negativas».

En el duro Oficio de Escritor, se puede ser «bueno» o «malo: ello aunque la *especulación filosófica* de por entendido la existencia de estos parámetros calificativos y que, más allá de propiciar un *criterio* o *juicio*, son simples consideraciones individuales: en respuesta a la *alquimia* con la cual la *Cultura*, en las comunidades, integra los anhelos y necesidades.

En este contexto del escritor, como ente creador en soledad, se encuentra la figura de Alberto JIMÉNEZ URE y su novela *Dionisia* («Universidad de Los Andes», 1993). Él va mucho más allá de los apelativos y consideraciones amorfas que, en el sentido estético, la publicidad brinda al intelectual. Es tal cual su razonamiento y «terror por la palabra» *le hace ser*. No se intimida ante lo *absurdo*, se rebela y lo enfrenta: edifica un mundo sincero y crea, en función de elementos paralelos a la realidad, una visión de la vida «transformadora» y «recreativa». Esa *visión*, donde los comunes mortales abstraemos esperanzas e ilusiones, es transmitida por J. URE mediante *su particular discurso*. Narra, con «formas» y «contenidos», y elabora la maqueta escritural de *Dionisia*.

Podemos encontrar –a lo largo de esta novela- muchas «dionisias». Pensar que el autor matizó, paralelamente, una sola «interpretación de la vida» quizá sea acertado: pero, no «razonamiento certero». Notamos en la obra la renuncia a la definición tradicional de la «Moral» en los hombres. No se trata de la despiadada renuncia a ello, sino que sólo se capta subliminalmente. En *Dionisia*, los personajes conforman, junto al lector, un «pensamiento único». Interactúan al calor de los movimientos corpóreos y terrenales de los individuos, el fulgor de los deseos y pretensiones de un *subconsciente* que aparece dominando y alimentando al «consciente».

El puente entre el *significado* y *significante* se hace perceptible en la medida que la narración tiende a ser más abierta: más rica en «símiles». Sobre *Dionisia*, un día le pregunté qué opinaba al también novelista Renato RODRÍGUEZ y me respondió: «[...] *Dionisia*, como todo lo que ha escrito JIMÉNEZ URE, es un modo de expresar ciertos mensajes [...] No busques elementos ocultos o pequeños detalles que iluminen caminos hacia

definiciones [...]» «[...] Como novela, es un mensaje personal y directo a un lector potencial y creativo: nada más [...]»

A nuestro amigo Renato RODRÍGUEZ no le parece necesario que el «crítico literario» se esfuerce por entender lo que lee, sino que «goce» con la escritura. Le doy la razón, pero, como lector, defendiendo nuestra condición de «receptor crítico» al instante de enfrentar las ideas y mensajes insertos en las obras literarias. Al respecto, tengo que decir algunas cosas más de *Dionisia*.

A mi parecer, la trama «dionisiaca» (o los mensajes que perturban al lector) se encuentra dispersa: casi indescifrable para quien exige novelas lineales o de «fácil asimilación». El autor nos presenta «cápsulas narrativas» que tejen una sociedad «imaginaria», a la vez que pronuncia fuertes e inmisericordes cuestionamientos contra el modelo que conocemos de ella. Fuerza al lector a reflexionar.

Observo que, para Alberto JIMÉNEZ URE, el «ciudadano» y su «entorno» no se han –definitivamente- fusionado. Aún existe un «Hombre-Hombre» y, para ser más preciso, un «Medio-Medio». El *Ser Humano* camuflado en múltiples personajes (lo palpamos en *Dionisia*) vive sumergido en sí mismo, aun cuando aspire la conquista de cuanto le circunda mediante una vía distinta a la transformación filosófica de la *Naturaleza de las Cosas*.

Así como esta novela es un *lugar imaginario* en la psique del escritor, es igual «un todo real» que no se «devela». La obra no se concluye y da pie al comienzo de una nueva historia: que, seguro, nos hará continuar soñando e imaginando que el *Mundo* que habitamos y tenemos por «real» tiene «paralelos» que calificamos «irreales» e inciden en su desarrollo.

Defino *Dionisia* como una novela intensamente «filosófica». No por lo cual, necesariamente, deba atribuir a su autor la «fundación» de un «método filosófico». Pero, es indiscutible que, fuese lo que fuese que el escritor pretendió formular, no lo hace sin el auxilio de la *Filosofía* o sin *filosofar*. El texto es una forma diferente de percibir y procesar los infinitos elementos que interactúan entre los hombres: encara la «verdad aparente» y sus «elementos religiosos» conectándola con su *envés* tal vez imaginario.

**(En el Diario *Correo de Los Andes* (Suplemento dominical «Aleph» No. 45) Mérida, Venezuela, Enero 30 de 1994/También en la revista literaria *La Espada Rota* No. 25, Caracas, Venezuela, 1998)**